

Es de noche. Polly se halla en la habitación del ama de gobierno, y se ha puesto á coser olvidándose de la soledad de la casa y de las calamidades que han sucedido en ella. De pronto suena el llamador de la puerta, retumbando en el portal desamparado. Abre y vuelve á entrar en la habitación acompañando á una mujer que se cubre con una cofia negra. Es miss Tox; miss Tox, que tiene los ojos encarnados.

— ¡Oh, Polly! — exclama la recién llegada. — He ido á la lección de sus hijos y me he hecho cargo del recado que ha dejado usted para mí. En seguida que me he tranquilizado un poco, he corrido para venir á verla. ¿Aquí no hay nadie más que usted?

— Nadie: estoy sola.

— ¿Le ha visto usted?

— ¡Oh! no: parece que no sale de su habitación hace días.

— ¿Sabe usted si está enfermo?

— No creo que lo esté, señora: como no sea de la cabeza: ¡pobre señor! motivos tiene.

El sentimiento que afecta profundamente á miss Tox la impide hablar. No es una jovencita, pero tampoco la han endurecido la edad y el celibato. Su corazón tiene ternuras, su compasión es muy sincera, su adhesión efectiva. Detrás de aquel broche que ostenta un ojo de pescado hay muchas mejores cualidades que en otras infinitas personas de exterior menos extravagante: tiene cualidades que perdurarán á la luz del sol cuando ya las más brillantes apariencias hayan sido despiadadamente segadas por el tiempo.

Largo rato pasa miss Tox en aquella casa con Polly. Cuando se marcha, el ama la acompaña con una luz por la escalera y sale con ella hasta la calle.

Se ha ido miss Tox y en la puerta se ha quedado el ama, mirando por distracción la calle. Parece como si se la resistiera el volver á encerrarse. Pero al fin se resigna, entra otra vez en el portal, corre los cerrojos de la puerta y se recoge en sus habitaciones. Por la mañana sube al piso donde está mister Dombey: deposita en el cuarto lo que la dijeron que pusiera y vuelve al piso bajo para no subir otra vez hasta la mañana siguiente. Campanillas hay, pero nadie las toca; óyese como el resbalar de una persona que va y viene, pero no se ve á nadie.

Miss Tox vuelve al siguiente día, temprano. Y la ocupación de miss Tox consiste en preparar algunas golosinas — así las llama — para que las suba Polly por la mañana, al cuarto del recluso. Tanta satisfacción encuentra en esta obra, que se dedica positivamente á ella. Diariamente lleva en un cestito varios comestibles selectos; y en cucuruchos de papel, trozos de carne fiambre, lengua de carnero, cuartos de ave para su propia comida. Comparte su colación con Polly y pasa la mayor parte del tiempo en la arruinada casa de donde hasta las ratas han huido: asustada, se esconde tan pronto como la parece oír pasos: entra en la casa y sale de ella como si cometiera un crimen: sólo desea que la dejen ejercitar su fervorosa devoción, ignorada de quien la inspira, ignorada de todos en el mundo, excepto de una pobre mujer.

De una pobre mujer y de alguien más: del comandante. El comandante, movido por la curiosidad, ha encargado á su indígena que aceche en averiguación de lo que sucede en casa de su amigo Dombey. Y el indígena ha informado á su amo de las visitas de miss Tox. El comandante ha estado á punto



de reventar de risa: desde entonces tiene la cara amoratada. Jadeante, hinchados sus ojos de langosta que parecen saltársele de las órbitas, se dice para sus adentros: « Vamos: esta mujer es idiota de nativitate. »

Y el hombre arruinado ¿ cómo pasa las horas, solo?

« Ya se acordará, dentro de algunos años, en este mismo cuarto. » Y ya se acuerda ahora y le pesa en su corazón el recuerdo.

« Ya se acordará de esto, en el mismo lugar, dentro de algunos años: la lluvia que golpea el tejado, el viento que está gimiendo fuera, quizás lo vaticinan con sus melancólicos ruidos. Dejadle: ya se acordará de todo esto dentro de algunos años. »

Y ya se acuerda. Durante la desconsoladora noche, durante el triste día, en la afligida aurora, en el atardecer misterioso: ya se acuerda. En angustia y en penas, en remordimientos, en desesperaciones!

« ¡ Papá, papá... hableme usted, querido papá! » Otra vez ha oído estas palabras, otra vez ha visto aquella cara. Ha visto cubrirse aquel semblante con tembladoras manos y ha escuchado el sollozo que se perdió, lastimero y profundo, por la escalera arriba.

Caído estaba: no se levantaría nunca. En aquella tenebrosa noche de su ruina no había ni remota esperanza de un amanecer luminoso: ninguna purificación era posible para borrar la mancha de su doméstica vergüenza; gracias á Dios, no había nada capaz de restituir la vida al niño muerto. Pero, cuando pensaba que pudo ser tan distinto el pasado, que estuvo en su mano el haberlo hecho tan distinto, cuando discurría que el presente no era otra cosa que obra suya. que este presente desgraciado pude

ser de felicidad y bendición, entonces era cuando la aguda punta del dolor laceraba su alma.

¡ Oh, ya se acordaba! La lluvia que golpeaba el tejado, el viento que gemía por fuera, bien lo habían resucitado en la memoria con sus melancólicos ruidos. Ahora ya se daba cuenta de lo hecho. Ahora ya conocía que él era el promovedor de aquellos males más terribles que los derrumbamientos de la suerte. Ahora ya sabía lo que era verse desamparado y rechazado, ahora cuando las amorosas flores que el había dejado marchitarse en el inocente corazón de su hija, caían sobre él como una lluvia de cenizas.

Pensaba en ella, tal como la vió al entrar en compañía de su mujer cierta noche. Pensaba en ella tal como la había visto en todos los acontecimientos de la desventurada casa. Ahora pensaba que todo cuanto tenía en derredor, todo, estaba cambiado, menos ella. Su hijo era ya polvo; su altanera mujer, una criatura infamada; su adulador amigo, el peor de los villanos; habíanse desvanecido sus riquezas, las paredes que le servían de albergue le miraban como si fuera para ellas un extraño. Sólo ella continuaba lo mismo, apacible y benigna. Sí, la misma, hasta el último momento: no había cambiado para él — ¡ ni él tampoco había cambiado para ella! — Pero ya estaba lejos...

Una por una iban borrándose de su mente su niño esperanza, su mujer, sus amigos, su fortuna. ¡ Oh, cómo iba disipándose la niebla dejándole ver á su hija tal como era! ¡ Oh, cómo sentía no haberla querido lo mismo que á su hijo!

Mas en su altivez — aun tenía orgullo — dejaba que la gente se alejase de él con absoluta libertad.



Pero sentía la ofensa. Y como temía ver en los rostros de las personas que se le acercaran la expresión de piedad ó de indiferencia, evitaba los rostros. No tenía idea de ninguna otra compañía en pobreza que no fuese aquella que él mismo había repelido. Qué podría decirle, qué consuelo podría tener de ella, no se lo representaba él mismo; pero sí comprendía que ella le hubiera sido fiel si él se lo hubiese permitido: comprendía que ella le habría querido ahora más que nunca; estaba segurísimo de que la virtud de la fidelidad era parte integrante de la naturaleza de su hija: estaba tan seguro como de tener sobre su cabeza la bóveda del cielo. Tales eran los pensamientos que ocupaban su soledad, horas y horas.

Comenzó con estos pensamientos, sin duda alguna, cuando recibió la carta de Wálter, cuando tuvo la seguridad de que su hija se había ido. Y sin embargo, era tan poderosa su soberbia que no se acordaba de una hija sino como de algo que le pertenecía, que era suyo: si hubiera oído la voz de su hija en la habitación inmediata, no habría salido á su encuentro. Si hubiera encontrado á su hija en la calle y ella la hubiese dirigido la mirada, humilde como siempre, él habría pasado de largo, frío é implacable: no se hubiera ni dirigido á ella, ni ablandado, aunque su corazón luego se rompiera en pedazos. Por turbulencias que hubieran sido estas ideas, por grande que hubiera sido su cólera al principio, por lo tocante al matrimonio, por lo tocante á Wálter, todo ello ya se perdía en el pasado. Su pensamiento capital estaba en lo que pudo ser y ya no era.

Rememorábase el haber tenido en aquella casa dos hijos; parecíale que entre él y aquellas desnudas paredes existía un vínculo, funesto, pero imposible de

deshacer, que se refería á sus dos hijos, los dos diversamente perdidos. Pensó en marcharse de la casa, bien sabía que era necesario marcharse, aunque ignoraba á dónde; pensó alejarse de ella el mismo día en que estos tristes pensamientos germinaron en su alma; pero se resolvió á pasar allí una noche más y en esta noche divagar por las habitaciones una vez más; la última.

Salió de su retiro solitario cuando más callada le pareció la noche y llevando una luz en la mano sigilosamente subió las escaleras. De todas las señales de pasos que en los escalones se veían, dando á la escalera la apariencia de un lugar tan público como la misma calle, de todas las señaladas huellas no había ni una sola que no la hubiera sentido él mismo en su cerebro, al escuchar los pasos. Se fijó en el número de pisadas, su precipitación, su competencia — pisadas que subían, pisadas que bajaban, que se superponían, torcían y cruzaban — pensó, aterrizado, en las angustias que había sufrido durante aquella horrible prueba y en el cambio que en él se habría operado. Pensó, además, que en alguna parte del mundo se hallaba un pie, breve y ligero, que, en un instante, era capaz de deshacer todas aquellas huellas. Entonces inclinó la cabeza y echó de nuevo á andar, llorando.

Le parecía que estaba viendo á su hija, delante de él, por la escalera. Se detuvo, miró á la claraboya y creyó ver la figura de una niña que llevaba en brazos un niño — y aquella niña iba cantando. Luego volvió á ver aquella figura, sola ya, parada y fatigosa, suelto el cabello y con lágrimas de dolor en los ojos: y aquella niña le miraba.

Vagó por las habitaciones en otro tiempo tan lujo-



sas, al presente tan abandonadas y desnudas que no se diferenciaban unas de otras. También allí se encuentran huellas y allí también el recuerdo de lo que le han hecho sufrir aquellos pasos, le aterra y le hace detenerse perplejo. Ya empieza á tener miedo de perderse en el laberinto de sus ideas lo mismo que se pierde en el intrincado sendero de las pisadas confundidas.

No se acordaba bien cuál de aquellas habitaciones era la de su hija. Deseoso de alejarse de aquel sitio, continuó subiendo. Numerosos eran por todas partes los recuerdos de su falsa mujer, de su falso amigo, de sus falsos fundamentos de orgullo; pero de todos ellos prescindió para acordarse solamente de sus hijos.

¡Y siempre las pisadas! No habían respetado ni las viejas habitaciones altas, donde estuvo la camita del niño: á duras penas distinguía algún pequeño espacio que no estuviera profanado, donde acogerse para verter sus lágrimas. Ya lloró, antes de ahora, en aquel mismo sitio; hacía mucho tiempo que allí se avergonzaba menos de llorar — por esto, tal vez, ahora había subido. Allí, encorvado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, allí se recogió, sigiloso, en la callada noche y en medio de aquella soledad lloró á sus anchas... Lloró; pero si en aquellos instantes alguna mano bondadosa hubiese pretendido auxiliarse, si algún rostro afectuoso le hubiera dirigido una mirada afable, al momento se habría erguido este hombre y habría bajado la escalera yendo á esconderse nuevamente en su cuarto.

Al despuntar el día aquel hombre estaba otra vez en sus habitaciones. Había pensado marcharse, no esperar ya más tiempo; pero estaba de tal modo

apegado á su vieja morada que no tenía fuerzas para salirse de ella. Mañana: siempre se decidía de este modo; mañana. Por la noche, sin que ninguna criatura humana lo supiera, salía misteriosamente de su cuarto y peregrinaba por la desierta casa como un duende. Y más de una mañana, á las primeras claridades del alba, miraba, con alterada faz por entre las cerradas persianas, y contemplaba el triste amanecer pensando en sus dos hijos. No; ya no pensaba solo en uno: eran dos, en su alma inseparables. ¡Oh, por qué no fueron siempre inseparables en su amor, por qué los separó el sepulcro! ¡Cuán menos doloroso hubiera sido perderlos, á los dos de igual manera, por la muerte!

Aquella mental agitación no era una novedad en Dombey. El tumulto de ideas no es nunca novedad en las naturalezas obstinadas, porque la lucha, en éstas, es muy dura. Socavada largamente la tierra se hunde la superficie en un momento. Socavado en todos sentidos, debilitada la resistencia de este orgullo, más y más, poco á poco, iba desmoronándose y cayendo.

Finalmente, dióse á pensar que no tenía precisión de abandonar la casa. Pensó que aun podía donar á los acreedores lo que le habían dejado (no era más porque él no había querido), y romper sencillamente el vínculo que le ligaba con la arruinada casa, destruyendo otro vínculo...

Entonces resbaló, en su constante ir y venir por el cuarto: fué el resbalón cuyo eco llegó al cuartero; pero no se dejó entender la causa: aterrador habría sido el eco si se hubiera entendido.

La gente le desasosegaba: otra idea que se añadía á las que tanto le afectaban: los habladores y los mur-



muradores no se daban punto de reposo. Esta idea y la intrincada complicación de pasos le acosaban sin tregua. Empezó á notar en los objetos un enrojecido color, como de sangre. Dombey é Hijo no existía... sus hijos no existían... Preciso era pensar en esto ; sí, mañana.

Y lo pensó. Sentado en una silla, mirando largo rato al espejo vió en él un cuadro, que era éste :

Un espectro, como despojo de sí mismo, estaba cavilando delante de la chimenea sin lumbré. Unas veces aquel espectro macilento alzaba la cabeza, examinando las arrugas, los hoyos de su cara ; otras veces inclinaba la cabeza y meditaba : otras se ponía de pie, andaba, iba á la habitación inmediata, volvía guardándose en el pecho algo que de la mesa tocador habia cogido : otras miraba al umbral de la puerta y pensaba...

¡ Chis! más bajo. ¿ En qué, en qué pensaba?

Pensaba en que si la sangre corría por el suelo, para que pasara por allí, para que llegara hasta el portal, era preciso mucho tiempo. Correría tan despaciosamente, deteniéndose aquí, para ir un poco más allá, para detenerse de nuevo, que un hombre desesperadamente herido no podría ser descubierto por la sangre hasta que ya estuviera muerto ó moribundo. Y cuando hubo pensado en esto, bien despacio, se levantó de nuevo y se paseó, yendo y viniendo, con la mano en el pecho.

Dombey quería ver aquella mano, acechaba sus movimientos, adivinando algún propósito sanguinario y malvado.

Pensaba que si corría la sangre hasta tan lejos, los pies se mancharían en ellas y las señales de los pasos se estamparían por la escalera juntas con la intrin-

cada complicación de huellas ; por la escalera y acaso hasta la calle.

Sentado está, delante de la chimenea sin lumbré : mientras parece adormecido en la cavilación incesante, un luminoso rayo de sol brilla en el cuarto. No hizo caso el espectro y siguió cavilando. Pero se levantó de pronto, con terrible ademán y su mano empuñó lo que se ocultaba en el pecho. La culpable mano fué detenida por un grito — un grito loco, agudo, vibrante, amoroso, encantador.

Dombey ve en el espejo reflejada su propia imagen y en sus rodillas ve á su hija.

Sí, su hija, abatida en el suelo, abrazada á sus piernas, mirándole é implorante diciéndole :

— Papá, papá de mi alma, perdón, perdóneme ; he venido á pedirle perdón de rodillas : ¡ sin él no habrá felicidad para mí !

No ha cambiado. Todo ha cambiado en el mundo ; pero ella no ha cambiado. Levanta la faz hacia su padre, lo mismo que en la memorable y triste noche. ¡ Pedirle perdón, á él !

— ¡ Papa mío, oh, no me mire de ese modo ! Nunca tuve intención de abandonarle : no lo he pensado nunca, ni antes ni después. Tuve miedo y me marché por eso ; no supe lo que hacía. Papá, ya soy otra, ya me he arrepentido. Reconozco mi falta. Ahora conozco mis deberes. ¡ Papá, no me rechace ó me muero !

Él se bamboleó en la silla : sintió que su hija le cogía los brazos para echárselos ella misma al cuello ; sintió que le abrazaba también ella, que le besaba ardientemente y que lloraba. Sintió... ¡ Oh, cómo lo sintió!... cuanto habia hecho.

Sobre el pecho de su hija reclinaba el padre



la cabeza; sobre aquel corazón que él casi había roto.

— Papá mío, soy madre. Tengo un niño que ya pronto hablará, dando á Wálter el nombre que ahora á usted le estoy dando. Papá... cuando mi hijito vino al mundo, cuando senti de qué manera le quería, entonces comprendí lo que había hecho dejándole á usted solo... Perdón, papá; diga, por Dios, que nos bendice, á mi y á mi hijo!

Lo hubiera dicho, sí; pero no podía. Hubiera levantado los brazos; él habría implorado perdón, sí; pero no podía, porque su hija le sujetaba aquellos brazos, cogiéndole ambas manos y besándolas.

— Mi niño ha nacido en el mar. He rogado á Dios (y Wálter ha rogado conmigo) que me concediera la merced de poder venir á esta casa. Y en el momento que hemos tocado tierra he venido, papá. ¡No nos separemos ya nunca!

Los brazos de la hija circundaban la canosa cabeza del padre: caricia jamás hecha hasta entonces.

— Va usted á venir conmigo, papá: verá usted á mi niño. Un niño. Y se llama Pablo. Creo... creo que se parece á...

La frase quedó interrumpida por las lágrimas.

— Papá mío, por amor á mi hijo, por el nombre que le hemos puesto, por mi también, perdone usted á Wálter. Me quiere mucho y es muy bueno conmigo: es mi felicidad, papá. El no tiene la culpa de que nos hayamos casado; la culpa es mía, porque yo le quería tanto...

Acercóse á su padre, con más instancias cariñosas.

— Es el predilecto de mi alma, papá; por él daría mi vida. Le querrá á usted y le respetará. Le enseñaremos á que le quiera á usted y le respete y cuando

sea mayor, cuando nos pueda comprender, le diremos que tuvo usted un hijo que se llamaba como él, que se murió y que tuvo usted mucha pena; pero que subió al cielo y que le veremos allí cuando á nosotros nos toque descansar. Déme un beso, papá, y prométame reconciliarse con Wálter, mi marido, el padre del niñito Pablo; él me ha aconsejado que viniera. ¡Me ha aconsejado que viniera!

Abrazó más apretadamente á su padre, corrieron nuevamente sus lágrimas: su padre le dió un beso en la frente y levantando los ojos al cielo exclamó:

— ¡Oh, Dios mío, perdonadme, Señor, que bien lo necesito!

Y luego, humillando la cabeza en el seno de su hija llorando, acariciándola, estuvo largo rato el afligido y feliz padre. No había otro rumor en la casa. Y así permanecieron iluminados por el rayo de sol que entró en el cuarto con Florencia.

Sumiso dócilmente á su hija se arregló para salir mister Dombey. Débil era su paso. Recorrió la casa, tembloroso, para visitar otra vez el cuarto donde había estado recluso tanto tiempo y para mirar el espejo donde había visto el cuadro del espectro. Llegaron al sitio de la separación, ya pisaban las mismas losas en que pusieron los pies aquel día en que el padre golpeó cruelmente á su hija: Florencia no bajó los ojos siquiera y sin quitar la vista de su padre le condujo hasta el coche que los esperaba á la puerta y en el cual se marcharon.

Entonces Polly y miss Tox salieron del escondite donde estaban, llorando de alegría. Luego hicieron diferentes paquetes con la ropa, los libros y otros objetos que metieron en baúles, dejándolos preparados para que más tarde los recogieran personas



enviadas por Florencia. Después miss Tox y Polly tomaron la última taza de te en aquella casa solitaria.

— ¡Eh, qué tal, Polly? Ya lo decía yo : Dombey é Hijo es sencillamente Dombey é Hija.

— Y una hija muy buena.

— ¡Ya lo creo! Y bien puede usted envanecerse de haber sido amiga de ella, cuando era una niña. Ha sido usted amiga suya mucho antes de que lo fuera yo. Usted también es una excelente persona... ¡Robin!

Esta última exclamación iba dirigida á cierto joven de cabeza redonda, lo mismo que una bala de cañón, que parecía estar en menos gratas circunstancias y no poco abatido. Levantóse este joven, que se hallaba sentado en un rincón y se dejaron ver las facciones y el cuerpo de Rob, hijo de Toodle.

— Robin — dijo miss Tox — acabo de decir á su madre, como lo acaba usted de oír, que es una excelente persona.

— Sí, sí que lo es, señorita — repuso emocionado Robin.

— Está bien — prosiguió miss Tox. — Me alegro de que diga usted eso. Ahora, Robin, puesto que voy á someterle á prueba, á instancias suyas, en calidad de criado mío, vamos á ver si restauramos la dignidad de usted. Aprovecharé esta ocasión para decirle que espero no se olvidará nunca de que tiene una excelente madre y de que la conducta de usted debe inspirarse en el deseo de corresponder á lo que es su madre.

— Palabra que ya me he corregido mucho, señorita — contestó Rob. — Mis intenciones son tan buenas como las de un *gachó*...

— Hágame usted el favor, Robin — dijo finamente

miss Tox — de no servirse de semejantes expresiones.

— Dispense usted : como las de un *mozo*...

— Tampoco, Robin : es mejor que lo otro, pero prefiero que diga usted *individuo*.

— Está bien : pues digo que mis intenciones son tan buenas como las de un individuo cualquiera.

— Así : eso es mucho más expresivo — observó miss Tox, complaciente.

— Y si no hubiera estado en los Grinders, cosa que es una verdadera desgracia para un *ga*... individuo...

— Eso es, eso es — afirmó miss Tox aprobando.

— Y si no me hubieran distraído los pájaros — continuó Rob — me parece que habría sido yo mejor. Pero nunca es tarde para un...

— Indi... (surgió miss Tox).

— ... viduo (completó Rob) que tenga intención de enmendarse ; y yo estoy dispuesto á enmendarme con ayuda de usted, señorita. De modo que, madre, dé usted los buenos días á padre, de mi parte, y á mis hermanos y entéreles usted de esto.

— Me gusta mucho oírle hablar á usted de ese modo — dijo miss Tox. — Ahora tome usted, Robin, una taza de te, con pan y manteca, antes de que salgamos.

— Gracias, señorita — contestó Rob, poniéndose á comer en seguida con apetito tan notable que revelaba la estancia á media ración desde hacía tiempo.

Entretanto se puso miss Tox el sombrero y luego el chal. Hizo Polly lo mismo. Robin dió un abrazo á su madre y se marchó en compañía de su ama. Tantas eran las esperanzas y admiración de Polly que sus ojos brillaban á la luz del gas cuando vió marcharse á su hijo. Polly apagó la luz, cerró la puerta, entregó la llave á un mandadero de allí al lado y se fué de



prisita á su casa, disfrutando ya de la alegría que iban á producir en la familia tan inesperadas noticias. El caserón, mudo guardador del secreto de tantos sufrimientos, de tantos cambios á su vista pasados, quedaba allí de pie y sombrío, faltando á la verdad con su cartel en que se leía : « Se alquila esta agradable casa, á propósito para familia ».

## CAPÍTULO LX

### MATRIMONIAL, PRINCIPALMENTE

Llegó el momento de la gran fiesta que el Dr. Blimber y señora ofrecían á sus alumnos con motivo de las vacaciones veraniegas. Como siempre tuvieron el honor de invitarlos, á ellos y sus familias, á pasar en su compañía la noche señalada, con indicación de que se bailarían. Esta fiesta, como las precedentes, comenzaba temprano; á las siete y media. Como siempre también los caballeritos, sin entregarse á demostraciones de inconsiderada ligereza, se irían á sus respectivos domicilios bien repletos de ciencia. Mister Skettles ya se había marchado al extranjero, siendo en la actualidad ornato de los salones de su padre sir Barnet Skettles, quien gracias á sus innumerables relaciones, desempeñaba un alto cargo diplomático. Por cierto que sir Barnet contando no solamente con el ornato de su hijo sino con el alto saber de lady Skettles no había suscitado la inquina de sus compatriotas residentes en el país donde él se hallaba : cosa que se consideraba como un prodigio de su habilidad diplomática. Mister Tozer, hecho un joven de elevada estatura, con botas á la Wéllington, se hallaba á la sazón enteramente atiborrado de antigüedad